

establecidos; que ese espantoso sistema, hasta hoy contenido en sus progresos, por la constancia de los magistrados en implorar la ley protectora de las libertades y de la propiedad, deja apercibir el concebido proyecto de privar á los pueblos de la reclamación de los tribunales soberanos cerca del rey;

»Considerando que los golpes del poder absoluto podrían ser tan súbitos, y de tal modo concertados, que quitasen á la cámara la libertad de reclamar en favor de la constitución nacional...

»Ha protestado y protesta contra cualquiera transcripción que se haga en sus registros de los proyectos de ley ú órdenes suspendidas á la religión del dicho señor rey... las cuales declara nulas é incapaces de dar á las dichas órdenes la sanción legal.»

El comandante general de la provincia, marqués de Lons, viendo la gran tranquilidad que reinaba en la ciudad, dejó que circulase libremente una protesta que distribuída por hábiles é interesadas manos, fué concitando los ánimos para el conflicto que iba organizando la nobleza. En efecto, otro gobernador menos descuidado, no hubiera dejado de notar el gran número de hidalgos lugareños que de día en día iban llegando á Pau, tal vez lo notó y no vió peligro por este lado, pero hubo de mudar de consejo el día 19 de Junio cuando entraron de improviso los montañeses en grandes grupos, y tan bien dirigidos, que en un abrir y cerrar de ojos, se apoderaron de la artillería de las murallas, dirigiéndola contra la ciudad con la firme resolución, dice Bessenval, de repeler la fuerza por la fuerza. Más aún, organizóse de súbito un servicio de guardias y retenes tan bien montado, que Bessenval se admira de cómo esto podía ser, olvidándose que desde el 8 de Mayo al 19 de Junio habían pasado seis semanas, y que estas indudablemente se aprovecharon para instruir á los militares montañeses.

Dueña la revolución de Pau, se dirige al comisario real y le intima que abra las puertas del Parlamento. Otra comisión se dirige á su presidente para que continúe en sus funciones. Reanudáronse estas, y como si la posteridad debiera tener un día necesidad de documentos fehacientes para probar quienes fueron los demolidores del antiguo régimen, la nobleza de Bearn se presentó en cuerpo y puso en manos del presidente una declaración gravísima, pues, no sólo protestaba de los edictos, sino que terminaba diciendo, siempre en nombre de la nobleza que como orden ó clase no tenía porque intervenir «que considerarían como refractario á las leyes constitu-

cionales del país, infame, y perjuro al rey y á la patria, á quien quiera que fuera que tomase asiento en los nuevos tribunales, habiendo acordado presentar al rey una muy respetuosa exposición, á fin de que se digne S. M. retirar las nuevas leyes y mantenernos en nuestros fueros, costumbres y privilegios, como á ello está obligado por juramento.»

Cuando la nobleza usaba este lenguaje, ¿que había de hacer el Parlamento que se había reconstituido y obraba por medio de un acto revolucionario? —El Parlamento le decía por su parte al rey:—«Señor; nosotros ciudadanos, magistrados de un país extranjero á Francia, aunque sometidos á un mismo rey, debemos exponer á V. M. los derechos particulares de las dos naciones, que la precipitación de los administradores han confundido con vuestros súbditos de las otras provincias de Francia... La idea sistemática de establecer en vuestros numerosos Estados un plan uniforme de gobierno, es inconciliable con los diversos intereses locales, con la variedad de derechos de vuestras provincias... Pero esta uniformidad impracticable en las diferentes provincias de vuestro reino, no puede, bajo ningún concepto, aplicarse á un país que nunca se ha convertido en una provincia de Francia... Señor, vos acordaréis á todos vuestros súbditos, vos acordaréis al Bearn y á la Navarra la revocación del edicto que establece la Cámara plena. Vos desautorizaréis la máxima que termina el preámbulo de esta ley:—*el carácter de universalidad que las leyes deben tener en toda la extensión de nuestro reino.*— Nótese bien; el Parlamento de Bearn protesta de lo que será el grito de la verdadera revolución, de la universalidad de la ley que implica la igualdad ante la ley. Compréndase ahora porque en las agitaciones de la nobleza, el pueblo, es decir, la burguesía, el Tercer estado se mantiene reservado. Luégo veremos lo que sucede cuando ella toma parte en el conflicto.

¿Qué va ahora á hacer el gobierno de la resistencia del golpe de Estado contra el Parlamento de Pau y la nobleza bearnesa?

En primer lugar la envía á un bearnés, al duque de Guiche, que se apresura á declarar que va allí con una misión de paz, y que si esta no la pudiera lograr y la Constitución y libertades del Bearn corrieran peligro, él, bearnés, se pondría al lado de los que se han levantado para defender tan sagrados intereses. Inútil, pues, decir que el duque de Guiche no consiguió nada, y el 14 de Julio de 1788 dió por terminada su comisión y regreso á Versalles para declarar al rey que nada había podido conseguir.

Claro está que esta solución debía proveerla el gobierno. Cuando un gobierno constituido parlamenta con una revolución ó con un motín, el que ha de capitular es el gobierno, pero esto lo ignoraba Lomenie de Brienne, á quien no se le ocurrió nada mejor para apaciguar el tumulto de Bearn, que mandar á los magistrados del Parlamento que se presentaran cuanto antes en Versalles, prohibiéndoles tocar en París. ¡Figúrese á todo un Parlamento atravesando la nación de Sud á Norte con toda la solemnidad de un tal cuerpo y como si fuera á un destierro ó á la Bastilla! ¡Figúrese la irritación que habían de sentir y manifestar los privilegiados de las provincias que habían de atravesar, y cuánto no habían de contribuir esas manifestaciones á excitar los ánimos y á desarrollar la anarquía que lo mismo fomentan ya la magistratura que la nobleza.

Presentaron en Bretaña las cosas otro aspecto. Allí venían como ya sabemos, los ánimos irritados de antiguo, y aún cuando tenía de intendente á Beltrán de Molleville, un futuro ministro de la revolución, no había quien no profetizara desgracias y disgustos en Rennes.

Gozaba la Bretaña por sus leyes constitucionales de una situación excepcional parecida á la del Bearn, por consiguiente también debía el gobierno tropezar aquí con una resistencia tanto más enérgica cuanto que iba á cambiar la faz de la Constitución política del país. Así el Parlamento ya desde el 5 de Mayo, se preparó para la lucha, y en esta reunión que no presidían aún las comisiones reales, se presentó messire Renato Juan, conde de Bothrel, procurador general síndico de los Estados de Bretaña, quién, una vez admitido por la comisión con toda solemnidad, y después de recordar que tiene por misión la de velar por delegación de las tres órdenes por la conservación de las constituciones de la provincia, formula su protesta personal contra «todo perjuicio que se cuse á la Constitución nacional,» á cuyo efecto pide la lectura de todos los documentos que establecen el derecho de la provincia á gobernarse por sus leyes y Estados particulares.

Los magistrados hicieron una ovación al conde. El apoyo de la nobleza equivalía para ellos á una casi segura victoria. La nobleza era una fuerza; podía poner en movimiento un ejército, y unidos magistrados y nobles, eran casi invencibles. De suerte que en Bretaña los parlamentarios se adelantaron á los autores del golpe de Estado. Estos mandan registrar los edictos por el Tribunal de cuentas de Nantes, no consiguiendo otra cosa que lanzar á los

parlamentarios casi á las vías de lucha, pues comisión tras comisión agobian á Molleville y al comandante general conde de Thiard, llevando por todas partes la agitación. Y luégo ¿qué se había conseguido con anticiparse al Parlamento? ¿No era necesario pronunciar la disolución de éste?

Fué el día 10 de Mayo el destinado para dar el golpe de Estado en Rennes. Convocóse, pues, para un lecho de justicia al Parlamento de Bretaña, y este acto de la energía de la corona, se abre con un discurso del conde de Thiard, diciendo en sustancia, que él se somete á la voluntad del rey, y que á su ejemplo debería hacer el Parlamento otro tanto. Molleville que había hecho todo lo posible para no tener que ejercer de comisario real aquel día, manifiesta sin rebozo «el vivo pesar que siente por las reiteradas órdenes que le obligan á estar en sesión.» Es decir, que todo el mundo está allí de mala gana, y nadie quiere la responsabilidad de lo que puede suceder.

Thiard y Molleville tienen además otra preocupación. A pesar de que eran conocidas sus opiniones, como no tenían más remedio que obedecer y hacer que se obedeciera el mandato real, nadie les agradecía sus simpatías. Así cuando se dirigieron al Parlamento les hubiera dado un mal rato la multitud nobiliaria y curialesca, si Thiard no hubiese tenido la precaución de colocar allí cerca un regimiento. Pero, ¿qué sucedería á la salida? Temerosos de lo que pudiera suceder, rogaron al Parlamento que despachase pronto, y éste accedió á la súplica, y como se sabía que en Nantes la sesión había durado treinta horas, los alborotadores creyendo tener tiempo, dejaron libres las salidas; la sesión sólo había durado siete horas. A las dos de la tarde, cuando la generalidad de los vecinos estaban á la mesa, el conde Thiard y Molleville escapan del Parlamento. Mas como allí estaba el regimiento de Rohan dispuesto á darles escolta, y la distancia era larga, y Molleville comprendiera que se difundía con la velocidad eléctrica la noticia de que había terminado la sesión, insistía porque les acompañara dicho regimiento, á lo que se opuso el conde por pundonor militar, no admitiendo más fuerza que la de su escolta.

Molleville no se había equivocado. Apenas se hubieron alejado de la plaza principió á llover sobre ellos toda clase de proyectiles, resultando contusos uno y otro, y de no haber acudido en su auxilio la guardia de su palacio, los hidalgos y los curiales ó sus lacayos, les hubieran de seguro hecho mal tercio.



Ni aún dentro de su casa podía considerarse seguros porque la multitud quería asaltarla, y ya el oficial de guardia se disponía á rechazar el asalto por las armas, cuando el funesto «*todos somos hermanos*» detuvo los fusiles y se fraternizó, no sin que el oficial recibiera una pedrada que hizo brotar sangre de sus mejillas. Pero se había evitado un crimen y sólo esto podía disculpar el agravio hecho á las ordenanzas de la milicia.

La agitación era extrema en la ciudad, y como



THOURET

en acudir á los sitios del barullo solo para hablar de su preboste, pues de lo contrario creemos que ya se adivinaría que no habían de estarse quietos, les dieran ó no sus profesores el ejemplo de la obediencia.

Era su preboste un joven de veintitres años, estudiante de derecho é hijo de un abogado á quien la revolución había de costar la cabeza. Este joven que dirigió con gran arte los motines callejeros, hasta el punto de ganarse el título de *general del Parlamento*, se presentó al círculo de la nobleza á proponer á la aristocracia bretona atacar espada en mano el regimiento de Rohan. Los nobles bretones no le secundaron en sus propósitos, y él se guardó la espada que no había ya de desenvainar sino para ganarse la faja de general en jefe de los ejércitos de la república. Ese preboste se llamaba Moreau.

¿Cómo iba á terminar el conflicto? Thiard amontonaba en Rennes los regimientos. La nobleza y el Parlamento enviaba comisión tras comisión á Ver-

nañe creía que el conde estuviera dispuesto á emplear las armas, esa impunidad daba alientos á la protesta.

La universidad dijo que no protestaba porque no quería dar ese ejemplo á hombres que formaba para el alto magisterio de las leyes.—El clero protestó, y nombró solemne comisión para que pusieran en manos del conde la protesta. Así se iba manteniendo el calor en los ánimos y el coraje.

Diremos que los estudiantes eran de los primeros

salles, pero aún soplaba el viento de resistencia á la corte, y una de esas comisiones de la nobleza bretona fué á parar á la Bastilla, de donde se hizo salir para hacerles puesto á otros tantos detenidos que fueron declarados locos y encerrados en el manicomio de Charenton, lo que apenas podría creerse si no estuviera bien probado, y mediante una buena provisión de mandamientos de destierro, los parlamentarios y los nobles salieron de Rennes restableciéndose bien que mal el orden.

Era en el Delfinado, en Grenoble, en donde la revolución presentaba un aspecto más formidable y más nuevo. En Pau, en Rennes, en Provenza, en todas partes eran las clases privilegiadas, la aristocracia, el clero y la nobleza las que estaban en estado de insurrección. En el Delfinado los que llevaban la voz eran los hombres del Tercer estado, eran Mounier, el sabio Mounier y Barnave los que se pusieron al frente del movimiento.

En Grenoble se quemó la primera pólvora de la revolución. Las primeras balas silbaron por sus calles y causaron las primeras víctimas; ya diremos luego quien fué el que dió la voz de fuego.

Mounier era un abogado y además «un americano.» La independencia de los Estados Unidos y su república le llenaron de entusiasmo y se dió con verdadera fe al culto de sus leyes y de la libertad, pero como Lafayette nunca fué republicano, la monarquía constitucional fué siempre su ideal. Pero la

falta de voz le tenía alejado del pretorio y entregado por completo al estudio del derecho político. A la sazón tenía solos treinta años.

El Delfinado no era un país de Estados, lo había sido, y los había perdido. El duque de Orleans era su gobernador, y en 1789 pidió á Lomenie de Brienne su restauración que quedó aplazada. Su Parlamento y demás cámaras como todos los de la nación, estaba en guerra con el gobierno, y en Grenoble, lo mismo que en todo el resto de Francia, el



LAVOISIER

Tercer estado se mantenía en una actitud fría y reservada. ¿Quién y cómo le sacarán de ella?

Llegó para Grenoble su 10 de Mayo, y el comandante de la provincia el duque de Clermont-Tonnerre, el desgraciado compañero de Mounier, acompañado del intendente Caye de la Rove, hombre tan leal como prudente, presidieron el lecho de justicia, y como las medidas se tomaron como correspondían á hombres de sus antecedentes, todo fué por lo mejor, pero no sin las protestas que ya eran de rúbrica; el orden y el sosiego no se turbaron ni un instante en aquel día.

Al día siguiente se reunió la nobleza por separado y nombró una comisión de tres miembros para que fuese á Versalles á pedir la revocación de los edictos y la restauración de los Estados del Delfinado, quedando en Grenoble una comisión permanente de la nobleza compuesta de seis individuos para entenderse con ella y proveer á lo que hubiese lugar. Aún cuando todo esto no era legal, como era

pacífico y templado, ni las autoridades ni el gobierno reprendieron lo que se hacía. En Versalles la misma comisión fué bien recibida. Pero la comisión no recogía más que buenas palabras y el Parlamento no podía continuar sufriendo de una manera pasiva su humillación, máxime cuando lo ocurrido en Pau y Rennes exaltaba ya á los poco sufridos naturales del Delfinado.

Sucedió, pues, que el día 20, viendo el Parlamento que no llegaba la reparación que había creído obtener, lanzó su protesta, ó su grito de rebelión, pues terminaba aquella diciendo: «que era ya necesario enseñar á los ministros lo que puede hacer una reacción generosa á la que se quiere aberrojar.» Brienne contestó á la protesta enviando á los magistrados mandamientos de destierro. Estas órdenes eran ejecutivas. Así el día 7 de Junio los magistrados vestidos de negro en señal de luto y con el pretexto de despedirse de su presidente, atravesaron una y otra vez las calles y plazas de la ciudad en-